

JA
5-3

02856

JUAN SCHOBINGER

La "MUMIA" del Cerro El Toro

y sus relaciones con otros sitios arqueológicos
de la Cordillera de los Andes





FACULTAD DE CIENCIAS NATURALES Y MUSEO

Inventario **X02856** CAJA 5-3

Fecha **30/11/95**

Compra

Librería.....

JUAN SCHOBINGER

Director del Instituto de Arqueología y Etnología
de la Universidad Nacional de Cuyo



La «Momia» del Cerro El Toro

y sus Relaciones con Otros Sitios Arqueológicos de la Cordillera de los Andes

MENDOZA

1969

El texto de esta publicación puede considerarse una segunda edición ampliada del artículo "Breve historia de la arqueología de Alta Montaña en los Andes meridionales", publicado en Sociedad Arqueológica de Santiago, Boletín N° 4, p. 23-34 (Santiago de Chile, 1967). Ha sido preparada especialmente para servir de orientación a los visitantes del Museo Arqueológico de la Universidad Provincial "Domingo Faustino Sarmiento" de San Juan, en donde se conserva el notable hallazgo precolombino señalado en el título.

EDICIÓN DEL AUTOR

FIG. 1 (enfrente): Fase inicial en el desenterramiento de la "momia". (Foto tomada por E. Groch, en rollo perteneciente a A. Beorchia.)



—¡Antonio, levanta esa calavera!
—¡No puedo, está pegada!

Este curioso diálogo resultó el momento inicial de uno de los más sugestivos descubrimientos arqueológicos realizados en nuestro país. El escenario no podía ser más imponente: una meseta algo inclinada a cuyo fondo se alza la cumbre rocosa del cerro El Toro, de más de 6300 metros de altura según los mapas oficiales; a la derecha una pequeña cresta que constituye la línea limítrofe con Chile, y a la izquierda, un empinado talud en cuyo fondo se abre un glaciar.

En el centro, dos personajes con atavío de andinistas: Erico Groch —impresor y librero alemán establecido desde hacía 15 años en San Juan— y Antonio Beorchia, joven sanjuanino residente en Buenos Aires. Otros dos integrantes de la expedición habían quedado atrás, vencida su resistencia por la “puna” y la escasez de oxígeno.

Qué llevó a Don Erico a examinar, con la vista en el suelo (y no en las alturas, como acostumbra los andinistas), el área central de nuestro escenario, lo diremos más adelante. Mientras su compañero avanzaba lentamente en pos de un roquerío favorable para colocar los testimonios de esa primera ascensión al gigante andino, el jefe de la expedición buscaba algún posible resto de construcciones... que apareció de improviso, en forma de un rectángulo de 12 por 8 metros determinado por una serie de piedras adosadas, orientado según los puntos cardinales. Por qué Don Erico se puso entonces a buscar cuernitos de ciervos, tampoco viene al caso ahora: lo que nos interesa es el descubrimiento, no de cuernos sino de un macizo círculo formado por ocho o nueve piedras grandes, que dejaba ver en su interior, sobresaliendo apenas de la tierra, la parte superior de un cráneo humano emblanquecido por la intemperie.

Con manos y piquetas comienza la remoción de la tierra pedregosa: se abre, cada vez más impresionante, la vista de un joven de cara plácida, sentado con las piernas encogidas, con el cuerpo extraordinariamente conservado. El indígena —aparentemente de no más de veinte años de edad— se halla como en actitud somnolienta, la boca apenas entreabierta. Como únicas roturas —aparte de la falta de cuero cabelludo —véase un desgarramiento de la piel entre el cuello y el hombro derecho, que dejaba asomar algunas vértebras (¿efecto de un mazazo, del picoteo de un cóndor, o simplemente de la intemperie?); además, algo desgarrada la parte de las rodillas, que apenas alcanzaban a asomarse sobre el relleno del entierro— pues que de un entierro se trataba, en un pozo cavado intencionalmente.

Pero los minutos pasan, y en la Cordillera uno de los peores pecados es dejarse sorprender por la noche. Tanto Groch como Beorchia fotografían febrilmente, y recogen los elementos más pe-

queños que acompañan al cadáver congelado: un gorro o capacete de lana gris, de conservación perfecta; una soguita de lana y pelo negro, trenzada; una honda, también de lana trenzada, con una sección central de cuero para la colocación de una piedra, y un par de ojotas de cuero, endurecidas, con restos de un calcetín de lana de varios colores. Lo demás (o sea el cuerpo momificado, cuya única vestimenta era un calzón o taparrabos triangular de lana, y varios “ponchos” que al igual que los otros elementos rodeaban al cuerpo) fue colocada nuevamente en la oquedad funeraria y protegido con piedras: no contaban los andinistas con elementos para su transporte.

—Además —sentenció don Erico—, aquí debe venir un arqueólogo a estudiar científicamente el lugar, y para eso hay que dejar las cosas como están.

Mientras manipula las túnicas con las que volvieron a envolver a la “momia”, a Beorchia se le desliza en la mano —¡Un ratón! ¡Qué asco!

Y riendo, tiró el animalito a un costado. Este había quedado momificado por el frío, siempre inferior a 0° C, igual que el misterioso personaje a quien había acompañado al Más Allá. (¿Era este un chasqui, un guerrero, o tal vez un “baqueano” precolombino?).

Fatigados, con los dedos a medio congelar, pero con la alegría y la emoción que es de imaginar, en el estrecho “campamento de ataque” a 5000 m —frente a la majestuosa segunda cumbre del Toro y rodeados de penitentes— relatan su aventura a los asombrados compañeros. Y se tejen las primeras especulaciones, y se comienzan a esbozar proyectos futuros, y se comienzan a presentar los primeros síntomas de la “nerviosidad” que suele producir esta clase de hallazgos...

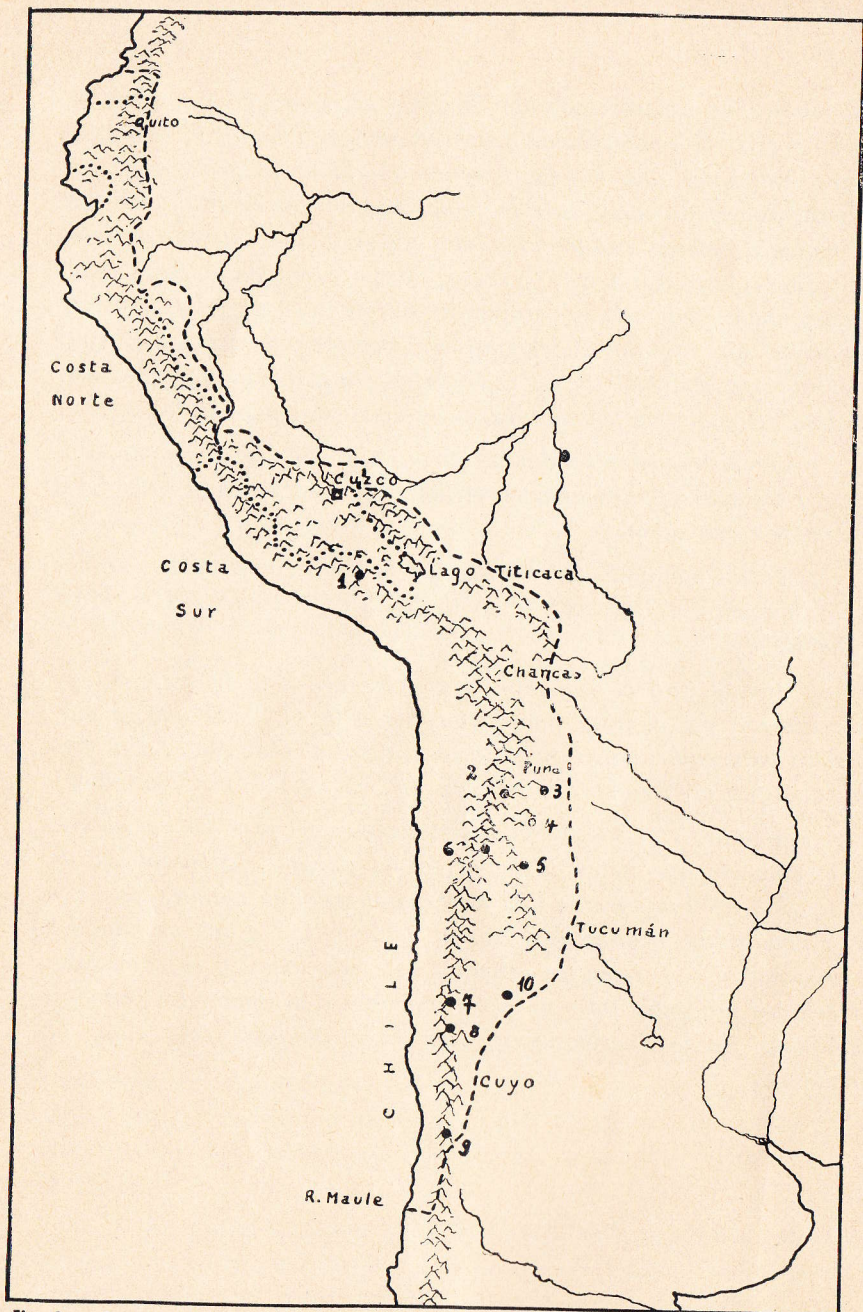


Fig. 2 — Croquis del Imperio Incaico. Se indican los grandes momentos de expansión: área que rodea al Cuzco, zona conquistada por Pachacuti (1438-1463); área N.O., por Tupac antes de su ascensión al trono (1463-1471); área Sur, por el mismo siendo Inca (1471-1493). Dentro de esta última se hallan los cerros que han proporcionado tumbas o santuarios de altura. (Principales: 1, Pichu-Pichu; 2, Licancabur; 3, Morado; 4, Chañi; 5, Gallan; 6, Llullaillaco; 7, Toro; 8, Tórtolas; 9, El Plomo; 10, Negro Overo. (Habría que agregar el Mercedario, al Sur del Nº 8.)

1) BREVE HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA DE ALTA MONTAÑA EN LOS ANDES MERIDIONALES.

Salvo un reciente hallazgo del sur del Perú (Nevado de Pichu-Pichu, Arequipa), sólo en Argentina y Chile se han realizado hallazgos e investigaciones arqueológicas en altas cumbres montañosas. No existen en las Montañas Rocosas, los Alpes o el Himalaya. Ello se debe a que sólo en Sudamérica existió una civilización poseedora de medios técnicos para ocupar siquiera temporalmente zonas de alta montaña, y que además hizo de la alta montaña objeto de culto: el Imperio Inca. Todos los datos hasta ahora conocidos indican que los “yacimientos de altura” andinos, tanto las tumbas y ofrendatorios de las cumbres —que se escalonan entre 5.200 y 6.700 metros— como las ruinas de habitaciones y poblados situados a su pie, datan de los escasos cien años de la existencia de este imperio, y más concretamente para las ruinas de la zona meridional de dicho imperio, entre los años 1475 (conquista de Tupac Yupanqui) y 1536 (llegada del primer español, Diego de Almagro). Breve y tardío lapso de 60 años, que vió nacer sin embargo algunas de las realizaciones culturales más originales e interesantes de la humanidad, habida cuenta del marco natural en que se encuentran y de la dificultad que, aún para los modernos bien equipados andinistas, ofrece su acceso.

Bien conocida es la “Momia del Cerro El Plomo” en Chile, descubierta en 1954; pero no es el único de estos hallazgos ni el primero. Entre los paralelos 20' y 35' S conocemos una veintena de sitios que han proporcionado indicios del mencionado culto de las

alturas. Ellos no constituyen fenómenos aislados; se integran en la red de caminos jalonados de *tambos* y a veces de *apachetas* y petroglifos que señalan la penetración incaica en estas regiones. Constituyen expresión típicamente montañesa, cuyos portadores debieron incluso poseer una constitución física especialmente adaptada, y que muestra un claro contraste con la de los indios “diaguitas” de los valles subandinos. Estos toleraron dicha penetración sin someterse política o culturalmente. Los indicios arqueológicos sugieren una “coexistencia pacífica” (lo cual no excluye relación de tributarios), al menos en las provincias de La Rioja y San Juan. A los Incas interesaba aquí fundamentalmente dos cosas: el acceso a las zonas mineras y los pasos a Chile.

El primer hallazgo de altura se realizó a principios de 1905, y se trata nada menos que de una de las tres únicas “momias” conocidas. Casi no hay datos al respecto, salvo los propios materiales donados ese mismo año al recién creado Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires por su descubridor. Era el Teniente Coronel E. Pérez, quien al frente de una expedición, posiblemente militar, ascendió el Nevado del Chañi en la provincia de Jujuy (borde oriental de la Puna) de 6.000 metros de altura, encontrando en un enterratorio el cuerpo momificado de un niño de unos cinco años de edad con su ajuar funerario. Este no era muy rico, pero interesante: dos ponchitos —uno rojo y uno claro—, dos fajas tejidas en colores, un peine de caña, una *chuspa* o bolsita para coca adornada con plumas, un par de ojotas para niño, un canuto de caña con decoración pirograbada, un disco de barro cocido (¿de un juego?) y varios fragmentos de tejidos. En cuanto al niño, bastante mal conservado, se advierte claramente la “posición ritual” en que fue colocado, con las piernas encogidas y la cabeza inclinada hacia adelante.

No hubo aquí alharaca periodística, pero tampoco se realizó una descripción científica del material y de la momia: sólo ahora contamos con un trabajo analítico realizado por la profesora María Delia M. de Palavecino. Todo indica que se trata de un sacrificio similar al del niño del cerro El Plomo en Chile.



Fig. 3 — “Idolos v huacas de los Condesuyos... que cada uno tuvieron sus dioses ídolos y huacas puestos de los yngas para el sacrificio, que como sacrificaban a la huaca ídolo de Coropona con oro y plata y con niños de doce años...” (Del cronista Guamán Poma, que ilustró numerosos aspectos de la vida incaica). Uno de los varios testimonios sobre la existencia de “huacas” (santuarios) en las montañas y la práctica de sacrificios humanos.

Los Incas hacían, pues, sacrificios humanos —contra la opinión de algunos— y, por otra parte, veneraban a los altos cerros como asiento de fuerzas divinas al mismo tiempo que por su mayor cercanía a los dioses y en especial al Sol. En un impresionante texto transmitido por el P. Cobo se nos dice que los sacrificios se realizaban “para que el Sol no perdiera su poder”. En ciertas ocasiones muy especiales un elegido, por lo general un niño de no más de 10

ó 12 años de edad, debía ser enviado como ofrenda, o si se quiere como mensajero o *chasqui* ultraterreno, al seno de la Divinidad. Así lo exigía el equilibrio del mundo.

Pero, como veremos, a veces —o en un tiempo posterior, en que pudo abrirse paso una especie de “humanitarismo” aliado a la pérdida de fe real— el sacrificio “en vivo” podía ser sustituido por la inhumación de estatuillas. . .

La segunda expedición conocida fue realizada en 1930 por el prof. Eduardo Casanova. Subió en mulares al Cerro Morado (N. de la provincia de Salta, 5200 m), descubriendo en la plataforma natural que constituye la cima varias construcciones derruidas, en las que halló fragmentos de alfarería y vasos casi enteros, algunos de claro tipo incaico; laminillas de oro y de plata y cuentas de collar de malaquita y lapislázuli (Casanova, 1930). Una de las construcciones estaba formada por tres recintos de forma elíptica, que presentaban una capa de tierra vegetal de 30 cm de espesor que debió haber sido traída desde cierta distancia por los indígenas. Rellenos similares se encontraron en otros cerros (El Plomo, Gallán, Las Tórtolas), conteniendo hallazgos importantes; pero en este caso Casanova sólo halló algunas cuentas de collar similares a las mencionadas, lo que hace pensar que alguna vez el sitio pudo haber sido saqueado.

Gran impacto produjo en su tiempo —principios de 1954— el descubrimiento, por parte de un arriero buscador de tesoros, de la “momia del Cerro El Plomo”, a unos 5400 m cerca de Santiago de Chile. Para detalles acerca de su adquisición con destino al Museo Nacional de Historia Natural de Santiago de Chile, su descripción y la de las ruinas y del material asociado, remitimos a las dos monografías científicas sobre el tema (Mostny *et al.* 1957, Medina *et al.* 1958). El notable conjunto consta de los siguientes elementos: Cadáver conservado naturalmente por congelamiento (“momia”) de un niño de unos 8-9 años, en posición sentada con las piernas cruzadas, vestido con una túnica andina o *uncu* de lana y una manta que estaba anudada debajo del cuello; calzaba delicados mocasines de cuero con adornos bordados. El peinado hecho con numerosas

trecillas estaba sostenido por un cordón negro (*llautu*), encima del cual había un tocado formado por flecos de lana y un penacho de plumas. Colgando sobre el penacho tenía un adorno de plata en forma de H, y en la muñeca derecha un brazaletes tubular del mismo metal. Otros elementos acompañantes eran: una bolsita de lana que contenía hojas de coca (colgando originalmente del hombro) —la *chuspa* del Altiplano—; “otra bolsita más, recamada con plumas rojas y blancas, que contiene igualmente hojas de coca; un conjunto de cinco bolsitas de cuero, que contiene pelo, dientes de leche que le habían caído y recortes de sus uñas; y dos figuritas de auquénidos, una de una aleación de oro y plata y la otra de un trozo de concha exótica. Sepultado aparte, pero en el mismo recinto, se encontró una figurita de plata, representando una mujer, que estaba vestida de tejidos de brillantes colores y un tocado de plumas rojas” (Mostny, 1957, pp. 12-13). La filiación incaica del yacimiento del cerro El Plomo y la comprobación de que se trataba de un sacrificio humano, resultó fundamental como referencia para todos los estudios y hallazgos posteriores.

A raíz de este descubrimiento, surgió entre algunos andinistas chilenos la idea de efectuar exploraciones destinadas a colaborar con la Sección Arqueológica del Museo Nacional de Historia Natural, “pues hemos considerado que este es el lugar donde deben llegar todos los informes, objetos y documentos de interés que se encuentren, para que estén al alcance de cualquier estudioso de estas disciplinas que quiera consultarlos. Y no, que permanezcan ignorados en colecciones particulares” (L. Krahl y O. González, 1966, p. 102). Así, en enero de 1956 ascendieron el Cerro Las Tórtolas (6332 m), situado en el límite de las provincias de Coquimbo y San Juan. Se lo eligió por existir datos de la primera ascensión, efectuada cuatro años antes por H. Koch y E. Kausel, quienes observaron en la estrecha cumbre rocosa una plataforma pircada de forma entre rectangular y elíptica de unos 8 por 4 metros, rellena de tierra y cascajos traídos de más abajo, con un enorme atado de leña semienterrado en uno de sus extremos. En su informe, Koch relacionaba esto con lo que contaban mineros de la zona, de que

en la cumbre “aparecían indios, que efectuaban ritos religiosos bailando sobre un plato de oro”. No obstante, se inclinaba a creer que la pirca se debía a un trabajo de mineros modernos.

Los escaladores de 1956 recogieron en el interior del recinto un mortero y una mano de moler, un bastón y diversos fragmentos de cerámica incaica, semejante a los hallados en el “adoratorio” del Cerro El Plomo. Se comenta en el informe de los directores de la expedición: “Vale la pena meditar aquí un momento, en el extraordinario esfuerzo que significa subir en primitivos capachos de cuero un total de más o menos 30 m³ de tierra y ripio, lo que significa aproximadamente 90 toneladas, a una altura mínima de 100 metros. Hay que observar que este trabajo se realizó a 6.300 m de altura, en un aire encarecido y falta de oxígeno, soportando intensos fríos y fuertes vientos y sin el equipo adecuado. Si suponemos en 20 kg. la cantidad de material subido en cada viaje, por individuo, tendríamos un total de aproximadamente 4.500 subidas y bajadas, de esta parte final del cerro Tórtolas” (Krahl y González, 1966, p. 117).

Dadas las probalidades de encontrar “algo” en el interior de esa pirca que no había sido saqueada, se efectuaron en años posteriores más expediciones a la cumbre del Tórtolas. A principios de 1958 se excavó un pozo en su centro, hallándose el “sacrificio sustitutivo”: una magnífica estatuilla de concha con su atavío y tocado de plumas. Una nueva expedición se realizó en 1968 (ver más abajo).

Otros integrantes de la expedición de 1956 exploraron la cercana cumbre del cerro Doña Ana (5.690 m), en cuyo centro hay una pequeña laguna helada. También aquí se encuentra una alta pirca rectangular hecha con bloques volcánicos, igualmente con un gran atado de leña en uno de sus ángulos. A pesar de que se excavó en el interior del recinto —carente de relleno artificial—, sólo apareció ceniza de antiguos fogones.

Durante el verano de ese mismo año, un entusiasta escalador austriaco, Mathias Rebitsch (que había estado en el Himalaya y en los Andes peruanos), realizó junto con el sueco Anders Bolinder su primera expedición a la Puna de Atacama, del lado argentino. En la ascensión al cerro Gallán, de 6.000 m, aquél excavó durante



Fig. 4 — Estatuilla de plata, con su atavío, de 15 cm. de altura, encontrada por M. Rebitsch en la cumbre del cerro Gallán. (Foto M. Rebitsch)

tres días el relleno de tres pequeñas pircas situadas en la cumbre, de las que había dado noticias su primer escalador, el Dr. Rodolfo Dangl. El resultado compensó el esfuerzo realizado: aparecieron cabezas de hachas de piedra, trozos de huesos de animal quemados, leña carbonizada, un pequeño fragmento de cuero y dos estatuillas de plata y una de concha con magnífico atavío, similares a las de los

cerros Plomo y Tórtolas; asimismo, una figurilla de llama estilizada hecha en concha rosada, y una bolsita para coca. Se trataba de un ofrendatorio en el que, al parecer, se realizaban sacrificios de animales. El valioso material fue posteriormente donado al Gobierno Argentino.

Obviamente, Rebitsch quedó fascinado por la Puna y sus decenas de altos cerros casi todos sin escalar. En 1958 volvió, acompañado entre otros por el argentino Sergio Domicelj, dedicándose esta vez al cerro Llullayllaco, uno de los más elevados de Sudamérica. Además de escalar la cima de 6.725 m, descubrieron y excavaron diversas construcciones a 6.550 m. El agotamiento, con peligro de congelamiento, interrumpió esa labor. Lograron extraer maderas, marlos de maíz y fragmentos de cerámica. Sólo tres años después, en el verano de 1961, regresó Rebitsch decidido a terminar la exploración y excavación del Llullayllaco, acompañado de Luis Vigl, agregándose tres argentinos. Contaban en esta oportunidad con un subsidio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina, y como antes, con el apoyo y asesoramiento científico del profesor Osvaldo Menghin. La firma fabricante puso a su disposición un vehículo especial "Haflinger", con el que alcanzaron la altura *record* de 5.680 metros. Se reanudaron las excavaciones en las citadas construcciones de la "montura" debajo de la cumbre. Tras el regreso de los argentinos y con Vigl presa de una afección, Rebitsch excava sólo en compañía del minero Narciso Díaz, llegando hasta el piso original. Hallan restos de paja y madera pertenecientes al techo de uno de los tres recintos, fragmentos de cestería, textiles y cerámica, y restos de comida. Más arriba, en una plataforma natural situada a 6.710 m e inmediatamente debajo de la cumbre, exploraron diversas construcciones que ya habían sido avistadas unos años antes por otros: una habitación formada por dos recintos circulares de pircas bastantes altas, protegida del viento por una hilera semi-circular de piedras grandes; dos pequeños recintos semi-circulares destinados, al parecer, a proteger fogatas ("estación de señales"?); una plataforma artificial sostenida por un muro de medio metro de altura, en cuyo centro había un pequeño cua-



Fig. 5 — Construcciones en la cumbre del Llullayllaco. En primer plano, la "choza doble"; a la izquierda la protección contra el viento, a la derecha el sendero de entrada. Al centro las dos pircas semicirculares. Al fondo (tocándose con el borde de la figura), la cumbre lateral (6.710 m), con la plataforma artificial (ofrendatorio). (Foto Rebitsch)

drángulo formado por lajas: un "altar" o lugar de sacrificios. Sobre el mismo estaban *in situ* tres piedras de color rojo oscuro, símbolos del culto; asimismo trozos carbonizados de paja dura, un fragmento de tejido y algunos fragmentos de cerámica. Cerca se conservaba algo como un m³ de leña destinada al lugar de sacrificios y a la estación de señales. En la cumbre más alta del cerro se hallaba un

compacto tronco de árbol de más de 10 cm de diámetro. Ninguno de los andinistas que llegaron hasta allí han logrado levantarlo...

En un gran esfuerzo, Rebitsch y Díaz vuelven por tercera vez por varios días a las ruinas de la "montura" a 6.550 m, a pesar de lo avanzado de la temporada (fines de Marzo).

La excavación final del tercer recinto proporcionó el sorprendente resultado de que se trata de un corral de llamas o vicuñas, por los excrementos hallados. La conclusión se impone de que se trataba de animales destinados a ser sacrificados. En una exploración final se observa la existencia en diversos puntos de pequeños recintos pircados ("refugio de guardianes"?). Consumidas sus últimas fuerzas los escaladores descienden a la mina "La Casualidad". No habían buscado ni encontrado el "tesoro del Inca" (como fue acusado agriamente Rebitsch por un órgano periodístico de Salta), pero habían cumplido con una misión tan peligrosa como valiosa del punto de vista histórico-cultural. El Llullayllaco presenta el conjunto ceremonial más vasto de todos los yacimientos de este tipo, y representa el lugar habitado (temporalmente, por supuesto) más alto del mundo. El material hallado pasó, al igual que el del cerro Gallán, a manos del Museo Etnográfico de Buenos Aires, donde ha sido objeto de análisis por parte de la Sra. Palavecino. (Rebitsch 1966, M. de Palavecino 1966).

Es interesante mencionar que, durante diversas expediciones dirigidas por Rebitsch, miembros de las mismas ascendieron a otros cerros de la Puna, encontrando vestigios culturales. Tenemos así el Aracar (6.080 m), con pircas varias, una plataforma hecha con las de piedra y atados de leña, rodeando una laguna; el Antofalla (6.100 m), otro volcán extinguido, con una monumental apacheta (piedras amontonadas circularmente) de la que sobresalía un monolito alargado, vertical; el Tebenquicho (de unos 5.800 m), a cuyo pie hay un poblado al parecer preincaico; el Socompa, situado, como el Llullayllaco, en el límite con Chile...

Tampoco hay que dejar de mencionar, en este contexto, el cerro Licancabur, imponente cono de 5.980 m, situado algo más al norte en el límite chileno-boliviano. Por esa misma época fue ascen-

dido por el conocido estudioso P. Gustavo Le Paige, quien halló en su cima construcciones y cerámica de edad incaica, y a su pie, un gran poblado destinado a ceremonias y al alojamiento de peregrinos. También hay datos de otros cerros de la zona, como el Paniri y el Láskar.

En el verano de 1965 realizó Rebitsch su última expedición. Exploraron primeramente los alrededores del cerro Ojos del Salado (que había sido escalado por él en la primera parte de su expedición de 1956), dirigiéndose luego más al oeste en donde fue atacado el cerro Azufre o Copiapó (del lado chileno, 6.080 m). Este posee una enorme plataforma hecha de piedras, con muros de soporte, muy cerca de la cumbre; y una "terrazza colgante" con saledizos en forma de bastión en ambos extremos. Estas estructuras no pudieron ser excavadas. Es muy posible que contengan ofrendas, y tal vez (¿por qué no?) alguna "momia"... En el volcán extinguido El Peinado (5.740 m), localizan un círculo de piedras y varias estructuras pircadas. Otros cerros fueron escalados sin efectuarse hallazgos.

Mencionaremos, finalmente, el único hallazgo de este tipo hecho en el Perú: sus autores fueron andinistas de Arequipa que en 1963 excavaron una tumba en el interior de una estructura pircada, no lejos de la cumbre de Nevado Pichu-Pichu (5.600 m). El resto humano, mal conservado, corresponde a una mujer de unos 16 a 18 años de edad; el ajuar era notable: estatuillas de plata, oro y piedra caliza; un brazaletes y varios *tupu* o prendedores de metal; vasijas y otros objetos en cerámica y madera; etc. Hasta allí se subía por una empinada gradería, hoy muy derruida, desde una gran plaza de ceremonias con tumbas asociadas, situada a 4.800 metros; en las cercanías hay toscos petroglifos (Linares Málaga, 1966).

2) LAS EXPEDICIONES A LA SIERRA DE FAMATINA.

Un nuevo capítulo en la arqueología de alta montaña se inició a mediados de 1963, gracias al contacto del Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), dirigido por el que escribe, con el Sr. Erico Groch, conocido andinista

alemán establecido desde hacía mucho en la Argentina, y desde 1949 en la ciudad de San Juan. Escalador de numerosas cumbres en esta provincia y en las vecinas (incluso el Aconcagua, el Mercedario y el Llullayllaco), en 1960 había ascendido junto con su hija Elda y Sergio Fernández el cerro Negro Overo, segundo en altura del cordón del Famatina con sus 6.050 m (provincia de La Rioja). En la ocasión había recogido el "testimonio" de su único predecesor, el geólogo Dr. Horacio Harrington, quien en 1941 había alcanzado dicha cumbre desde las "Tamberías de la Pampa Real" al oriente. (Groch lo hizo por el lado occidental, desde el puesto Las Pircas). Decía dicho testimonio: ... (Encontré) "un corral de indios, varias astas de venados, rodados de areniscas y fragmentos de leña de retamo. Evidentemente ningún blanco lo había subido". Groch también levantó algunas astas que se hallaban diseminadas por el suelo pedregoso, pero, falto de información arqueológica hasta ese momento, no captó íntegramente su significado.

Obtenido el informe y puestos en contacto con el Sr. Groch, organizamos la primera expedición del Instituto al Famatina, que tuvo lugar del 8 al 16 de julio de 1963¹. El Sr. Groch ofició de guía y jefe técnico. En la ocasión se exploraron algunos sitios en Vinchina, así como los alrededores del puesto Las Pircas sobre el arroyo (por lo general seco) Tambillos, al pie del Negro Overo. Este cerro fue escalado el día 13, por Groch, Bernardo Rázquin y el que escribe. Observóse la "pirca" aproximadamente rectangular y se recogió un asta y un leño parcialmente quemado, pero desgraciadamente un fuerte viento muy frío hizo fracasar la documentación fotográfica e impidió un estudio detenido del lugar. Por ello se planeó una segunda expedición realizada en diciembre del mismo año, partiéndose esta vez desde el lado oriental. Mientras el que esto escribe asistido por dos ayudantes procedían al relevamiento minucioso de la

¹ La cruda estación elegida se justifica por no ser época de lluvias en la zona como lo es el verano, y por poder disponer entonces de mulares cedidos por la Gendarmería Nacional de Vinchina, colaboración que aprovecho para agradecer. Las dos expediciones de 1963 al Famatina tuvieron el auspicio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (de la que depende el Instituto).

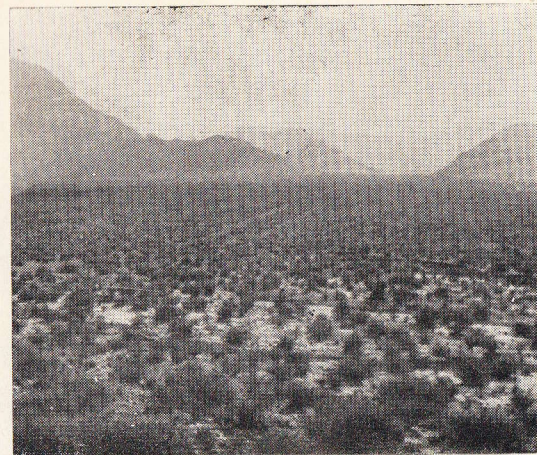


Fig. 6 - Pie oriental del Famatina: las dos líneas paralelas del "Camino del Inca". (Foto J. Schobinger)



Fig. 7 - Grupo principal de construcciones de la "Tambería de la Pampa Real". Al fondo, el cerro Negro Overo. (Foto Schobinger)



Fig. 8 — Vista del ángulo N.O. del recinto pircado bajo ("ofrendatorio" de la cumbre del Negro Overo (6050 m.).
(Foto E. Groch)

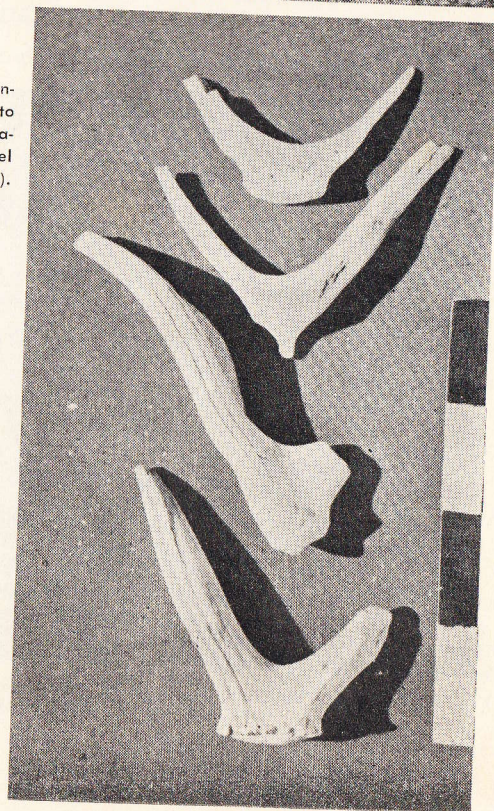


Fig. 9 — Astas de ciervo recogidas en la cumbre del Negro Overo (subdivisiones de la escala, 5 cm.). (Foto Schobinger).

Tambería de la Pampa Real a fin de completar los datos preliminares que había proporcionado el geógrafo Rohmeder (1941), Groch y Rázquin ascendían el Negro Overo y obtenían la documentación faltante. Además, durante el descenso descubrían un grupo de recintos pircados situado a 5.500 m, donde también recogieron un leño. Durante el recorrido con mulares desde la localidad de Corrales hasta la Pampa Real (unos 25 km), se pudo observar el "Camino del Inca", claramente visible en dos sendas rectas paralelas.

Resultado principal de estas expediciones es la documentación de un itinerario atribuible con seguridad a la época incaica, con un ramal principal que es el que cruza la Sierra de Famatina por el paso del Tocino (4.250 m) y baja hacia Las Pircas para salir al valle de Vinchina (que había sido relevado parcialmente por Rohmeder, 1949), y otro lateral que tiene por centro a la Tambería de la Pampa Real y desde la cual se subía —en especiales ocasiones— hasta la cumbre del Negro Overo. Amplióse así la documentación proporcionada por el autor citado, agregándose detalles de interés como lo es el "ofrendatorio de astas" de la cumbre y sus "pircas de ataque", atribuibles con seguridad al mismo período incaico.

No debe dejarse de mencionar la observación hecha por Groch en su anterior ascensión a la cima principal del Famatina (el Nevado), de la existencia de una circunferencia hecha con lajas, de unos 2 metros de diámetro. ("Templete"?).

3) *DESCUBRIMIENTO Y ESTUDIO DE LA "MOMIA" DEL CERRO EL TORO.*

El descubrimiento de la llamada "Momia del Cerro El Toro" el 24 de Enero de 1964, fue un hallazgo casual, en el curso de una expedición deportiva del "Club Andino Mercedario" capitaneada por Erico Groch en la que se quiso realizar un intento fallido un año antes, de ascender a la cumbre de dicho cerro cordillerano; pero no se hubiera realizado de no mediar la participación de aquél en



Fig. 10 — Las dos cumbres del Cerro El Toro, vistas desde el Río de la Sal. La flecha indica el lugar del enterratorio. (Foto A. Lago)

las expediciones al Famatina y la experiencia arqueológica allí adquirida. Según el relato de Groch, al llegar a una pequeña meseta situada poco antes de la cumbre rocosa, algo inclinada hacia el N.E. dentro del lado argentino, observó una "pirca" baja semejante a la del Negro Overo. Buscando infructuosamente astas de ciervo u otros restos de ofrendas, topó en cambio, con lo que creyó una calavera, y que resultó ser la cabeza de la "momia". Esta se hallaba en posición vertical, con las piernas encogidas, rodeada de 8 ó 9 piedras a modo de cingulo, a 2,50 m del extremo N.O. del rectángulo de piedras primeramente avistado. Con su acompañante Antonio Beorchia alcanzaron a desenterrar con las piquetas el cadáver endurecido y extraer de la oquedad algunas piezas de ajuar. Volvieron luego a cubrir la parte inferior del cuerpo con los ponchos o túnicas que allí estaban, enterrando y protegiendo con piedras el precioso hallazgo. Con buen criterio, no querían continuar las excavaciones y transportar el cuerpo sin asesoramiento científico.

En San Juan, informada la prensa y el gobierno provincial, fue

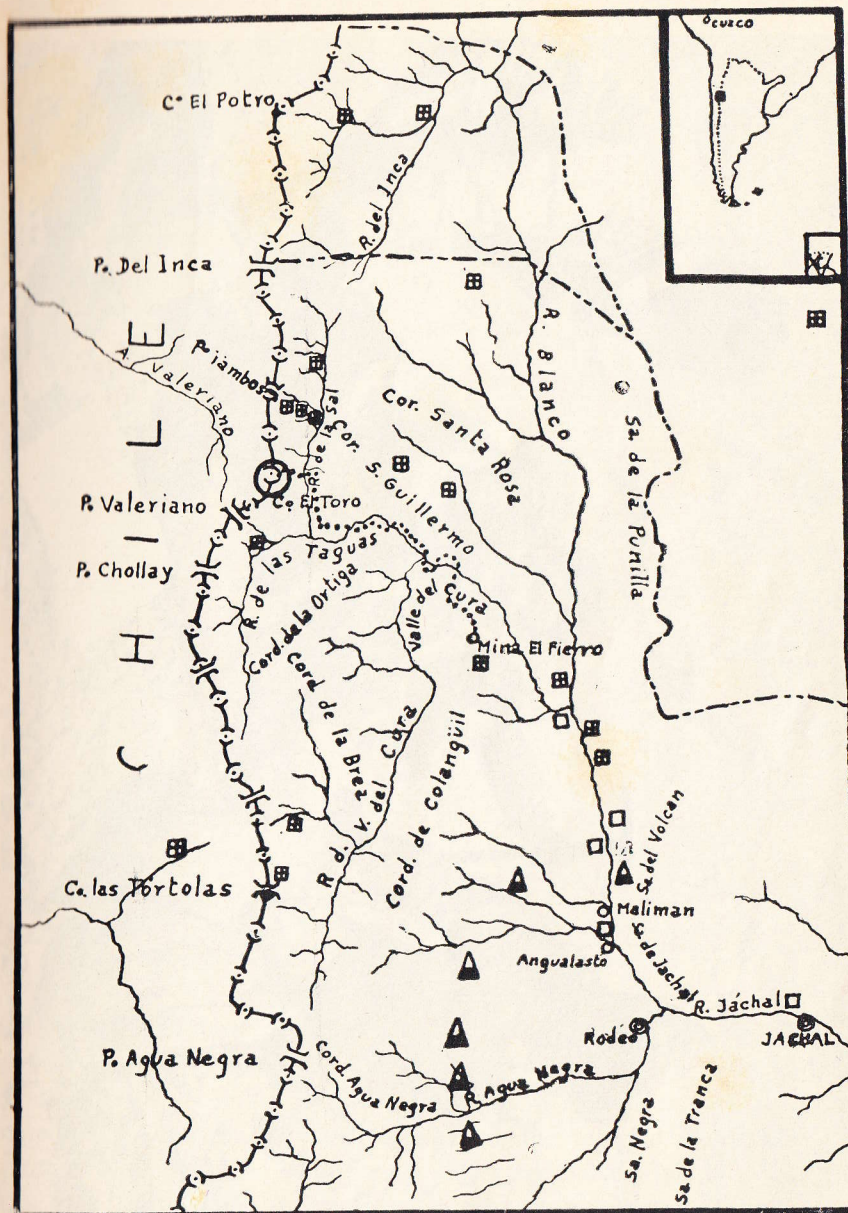


Fig. 11 — Croquis del extremo N. de San Juan, perteneciente al departamento de Iglesia. (La zona entre ambos límites indicados se halla en litigio entre esta provincia y la de la Rioja). La línea de puntos indica el itinerario de la expedición. Los cuadros cruzados representan ruinas con habitaciones pircadas, de segura o probable filiación incaica; los cuadros vacíos, restos de poblados de la cultura de Angualasto; los triángulos petroglifos (probablemente no incaicos). En el recuadro se indica el área de la Argentina abarcada por el mapa.



Fig. 12 — El cuerpo, nuevamente exhumado, por la expedición de rescate; a su lado, los elementos textiles que parcialmente lo cubrían. (De izquierda a derecha: Groch, Kirby, Rázquin y Schobinger). (Foto A. Lago del "Diario de Cuyo")



N magn.
↑

1 2 3 m.

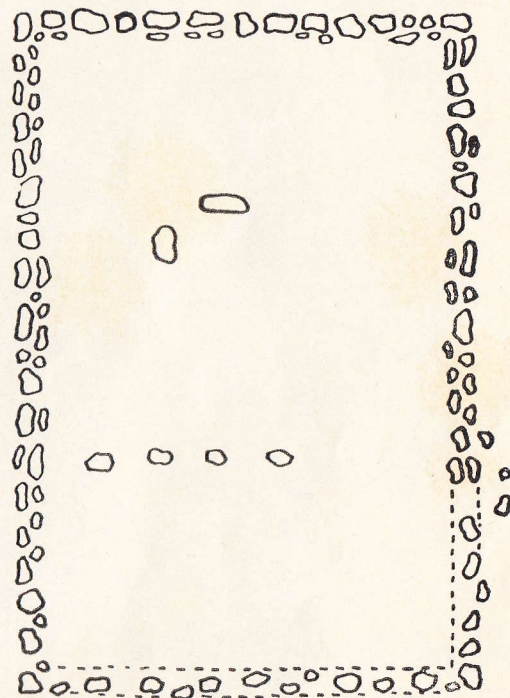


Fig. 13 — Croquis del enterratorio (arriba, a la izquierda) y del rectángulo ceremonial de la cumbre del Cerro El Toro (el terreno se inclina algo hacia el Norte y más pronunciadamente, hacia el Este, desde el borde del rectángulo).

sobre todo el "Diario de Cuyo" a través de su especialista en Historia y Arqueología, Rogelio Díaz Costa, quien valoró de inmediato el alto interés del hallazgo. Groch se ocupó de organizar una nueva expedición destinada al rescate de la momia; el que escribe fue invitado como director científico, siendo acompañado por el miembro del Instituto de Arqueología y veterano andinista Bernardo Rázquin. La integraron además los Sres. Roy Kirby, Antonio Lago



Fig. 14 — Angulo N.O. del rectángulo de piedras. Al fondo, la parte más alta de la cumbre del Cerro El Toro. (Foto A. Lago)



Fig. 15 — La oquedad, durante las excavaciones. A la izquierda, el "cordón ceremonial" (atado o ikat) y el segundo gorro o capacete de lana. (Foto J. Schobinger)

y R. Díaz Costa, del "Diario de Cuyo", que financió íntegramente los gastos de la expedición.

Partióse el 18 de febrero de la mina "El Fierro" con dos baqueanos, Justo Paredes y Justo Marinero, y un total de 15 mulares. Mientras Díaz Costa permanecía en el campamento-base con los baqueanos, los demás alcanzaron la zona de la cumbre el día 22. Durante dos horas el que esto escribe realizó excavaciones complementarias en la oquedad en la que había estado el cadáver congelado, hallándose nuevos elementos arqueológicos. El rectángulo ceremonial fue relevado (mide 12 por 8 m, con orientación de sus lados menores hacia el sur y hacia el norte); la momia, tras un examen preliminar, fue colocada en un cargador metálico y trans-



Fig. 16 — Durante el descenso. Turno de D. Bernardo Rázquin de transportar la "momia"; lo acompaña Groch. (Foto Schobinger)

portada con todo cuidado en las espaldas de los expedicionarios y luego sobre una mula carguera. Arribados a la mina "El Fierro", se procedió a la entrega de todos los elementos a una comisión oficial presidida por el Subsecretario de Instrucción Pública de la Provincia, dándose con ello por finalizado el cometido de la expedición. El estado de la "momia" permaneció afortunadamente inalterado durante el viaje de regreso, quedando finalmente según nuestras indicaciones, depositada en una cámara frigorífica.

En una curiosa puja con la expedición del "Diario de Cuyo", otros andinistas que contaban con el apoyo oficial realizaron por su parte una ascensión al cerro El Toro pocos días después. Excavando en la oquedad hallaron algunas piezas más, y en el interior de la pirca rectangular encontraron trocitos de carbón y de madera, un fragmento de cuero y pasto revuelto con tierra.



Fig. 17 — El cadáver congelado del Cerro El Toro. (Fotografía tomada en la cumbre por A. Lago)

Los elementos traídos por las diferentes expediciones de éste, que con sus 6.300 m de altura sobre el nivel del mar, puede ser considerado el enterratorio más alto del mundo, son los siguientes:

La "momia". Trátase del cadáver de un hombre muy joven, cuya edad podría calcularse en unos 20 (o 22?) años. Su cuerpo ha sufrido un proceso de momificación natural por congelamiento, con intervención parcial del clima seco de altura. La piel se hallaba en la época del rescate fuertemente endurecida. Está en posición pronunciadamente replegada, con las manos delante del pecho, lo que indica que fue colocado intencionalmente así. La cabeza está un poco inclinada hacia la derecha. Falta la cabellera, hallándose el cráneo a la vista, probablemente por haber estado a la intemperie durante mucho tiempo, tal vez desde que fue enterrado. Sin embargo, las facciones de la cara, fina y con notable expresión de placidez, se conservan perfectamente como el resto del cuerpo (excepto algunas roturas en las rodillas y una en la parte izquierda del cuello, que hace visible las vértebras). Tiene colocado un taparrabos en foma de "slip" (la *huara* que se colocaba a los súbditos incaicos a los 14 años). Su musculatura parece bastante desarrollada, sobre todo en el lado derecho. Su estatura es calculada en 1,63 a 1,65 m. (Presuponemos que todo el cuerpo ha sufrido algún leve proceso de encogimiento durante el largo proceso de momificación). El peso es de 18 kg, algo menor de lo que creíamos al cargarla. La deshidratación ha sido, pues, considerable. El cráneo presenta una deformación casi imperceptible. Un pie se halla encima de otro; posición común en las momias del norte de Chile, por ejemplo. La piel presenta aquí un parcial descascaramiento. El cuerpo muestra arriba —cara y mitad superior del tórax— un color amarillento, abajo un tono marrón oscuro que no debe diferir mucho del color original.

Elementos culturales asociados. En inmediata asociación al cadáver se extrajeron en total los siguientes elementos:

Un taparrabo o calzón tejido en lana de alpaca, color rojizo claro (recién mencionado): única pieza colocada directamente sobre el cuerpo en su función natural, del cual no ha sido retirada. Presenta

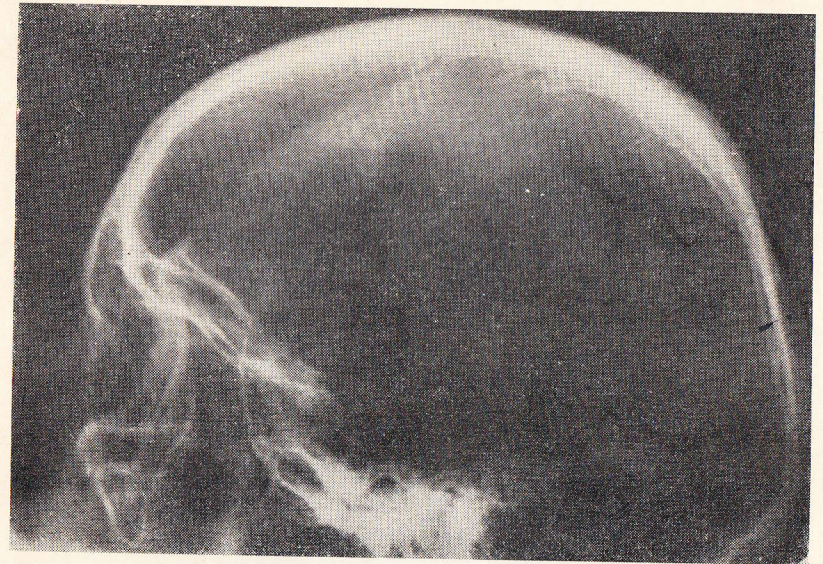


Fig. 18 — Cráneo, de perfil: una de las radiografías tomadas por el Dr. Manuel J. Caussi.

como decoración una especie de festón longitudinal de color rojo.

Una manta con apariencia de poncho, tejida en lana de guanaco.

Dos uncu (túnica o camiseta andina), de tamaño algo mayor que el exigido para el cuerpo del individuo. Uno se halla finamente tejido en lana, y presenta como ornamentos borlas o cadenas de color rojo y azul. Muestra algunas manchas rojizas en la parte superior izquierda, tal vez de sangre.

(La manta y los uncu envolvían la parte inferior del cuerpo hasta un poco más abajo de los hombros. Entre sus pliegues apareció el roedor mencionado más abajo).

Dos gorros o capacetes de lana muy fina y extraordinaria conservación. Están formados por tres partes: una tejida en espiral en la parte superior, color amarillento; serie de flecos gruesos y mullidos que forman un cingulo a la altura de las sienes (¿destinado a aminorar golpes?), color gris, y tres franjas o bandas verticales, a los costados y atrás, a modo de amplias orejeras y coleta, hechas en



Fig. 19 — Uno de los gorros, colocado sobre una persona actual. (Foto "Diario de Cuyo")

el mismo material que los flecos. Las dos orejeras podían sujetarse debajo del mentón mediante dos hilos anudados. Confeccionados con distintas clases de lana.

Dos pares de ojotas (ushutas) o sandalias, de doble suela de cuero; más dos que no forman par. Una de ellas presenta el refuerzo de una tercera suela en la parte delantera y restos de un calcetín de lana con franjas negras y rojas. Las ojotas se sostenían al pie mediante sujetadores de tiento. Se hallan dobladas y endurecidas.

Una honda de 1,85 m de largo, de lana blanca y negra retorcida, con trenzado de cuero para el lugar de colocación de la piedra.

Un cordón de 1,90 m de largo hecho en gruesos cabellos humanos retorcidos, de aproximadamente 5 mm. de diámetro. Tiene un ojalillo en uno de sus extremos. Puede tratarse del sostén de un bolso, o para sujetar mejor al cuerpo alguna de las vestiduras.

Un objeto que a falta de otro nombre hemos llamado "cordón de ceremonial": serie de hilos en varios tonos oscuros, paralelos, anudados de vez en cuando, de un largo total de más de 3 metros. (Según M. de Palavecino, trátase de un "atado" o urdimbre, de lana de llama).

Trozo de hilado de lana de camélido de unos 50 cm de largo.

Trenzado de 1,20 m en uno de cuyos extremos había una especie de borla roja. (Actualmente sólo se conserva ésta.)

Varios trozos pequeños de trenzados, algunos de consistencia dura por el carácter de las fibras empleadas.

Cuatro plumas de color rosado claro (obtenido probablemente por tinte), dos de ellas sujetas por un hilo, y fragmentos de otra.

Dos ramitas de unos 25 cm de largo, rectas y alisadas, de sección redonda.

Un pequeño pedazo de madera con una punta pulida.

Pequeño fragmento de tejido.

Pequeño roedor, en posición encogida, momificado naturalmente. (Fue rescatado en la segunda expedición). Según determinación preliminar del zoólogo Virgilio Roig, trátase de un "ratón de la Cordillera", género *Phylotis*.



Fig. 20 — Vista de las ruinas del Paso Valeriano, desde el S.E. (El paso se halla al fondo.)
(Foto J. Schobinger)



Fig. 21 — Recintos principales del sector central del "tambo" incaico del Paso Valeriano. Al fondo, la base del Cerro El Toro. (Foto Schobinger)

Puede verse, pues, que existía un ajuar funerario bastante numeroso, del cual en parte desgraciadamente sólo quedan fragmentos.

Diversas razones nos han llevado a la conclusión de que se trata de un sacrificio humano realizado por los Incas durante su breve dominación de estas regiones más meridionales de su imperio: el análisis de las vestimentas (realizado por la prof. María Delia M. de Palavecino), la proximidad de un *tambo* incaico al pie del Cerro El Toro, en un paso a Chile (desde el cual deben haber subido), y sobre todo la similitud con los otros sitios arqueológicos de alta montaña que se escalonan desde Arequipa en el sur del Perú hasta el centro de Chile. Estos, como se ha dicho, son todos santuarios de factura incaica, incluso los tres que también contenían individuos sacrificados: Pichi-Pichu en Arequipa (5.600 m), Nevado del Chañi en el borde oriental de la Puna argentina (6.000 m), y Cerro El Plomo no lejos de Santiago de Chile (5.400 m). Este último — un niño de unos 8 años, como ya se vio — quedó conservado en una vitrina refrigerada en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, y así también se hizo con el cuerpo del joven del Cerro El Toro en el Museo Arqueológico de la Universidad Provincial de San Juan. (Si se cambiaran las condiciones de temperatura que permitieron su conservación, probablemente se produciría un proceso de descomposición).

El hallazgo efectuado por el señor Groch es, pues, un testimonio impresionante de las creencias y ritos religiosos de los antiguos pueblos andinos, en que se combinan la realización de sacrificios humanos —cuya importancia en el Imperio Incaico ha sido demostrada por nuestro colaborador Rogelio Díaz Costa²— con la veneración de los altos cerros nevados como asiento de fuerzas divinas. No se ha podido determinar en forma precisa la causa directa de la muerte: no hay señales de traumatismos ni de heridas. Lo mismo se dio para el niño del cerro El Plomo, y como en este caso, suponemos que la causa directa fue el congelamiento. Posiblemente se les suministraba previamente a los sacrificandos una bebida, o se les

² Podemos citar otro caso, muy evidente, de sacrificio humano en un niño estrangulado hallado hace más de 60 años en Salinas Grandes (Puna de Jujuy). Su probable edad incaica lo relaciona con los sacrificios de alta montaña (M. de Palavecino, 1966). (Se conserva, muy deteriorado, en el Museo Etnográfico de Buenos Aires.)

propinaba un golpe. para dejarlos inconscientes, o tal vez se empleaba algún método desconocido para dejarlos en estado de trance³.

4) HALLAZGOS MÁS RECIENTES EN ALTAS CUMBRES.

A principios de 1968 se realizaron dos nuevas e importantes expediciones arqueológicas de alta Cordillera. Una, del Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo, dirigida por J. Schobinger, con la colaboración del Ejército Argentino (8a. Brigada de Infantería de Montaña), exploró una amplia zona del S.O. de la provincia de San Juan, en especial el Cerro Mercedario (6.770 m). Se hallaron ruinas incaicas a 3.500 m, y a 5.300 m; un poco más arriba, a 5.500 m, se localizó un rectángulo ceremonial de piedras, igual al del Cerro El Toro, y más arriba, muy cerca de la cumbre, sus vencedores B. Rázquin y F. Lista descubrieron restos de dos pircas semicirculares con fragmentos de cerámica incaica y una piedra con grabados irregulares.

La otra expedición fue realizada por andinistas chilenos, con participación del arqueólogo Gonzalo Ampuero del Museo de La Serena, y se dedicó a continuar las excavaciones iniciadas diez años atrás en el recinto ceremonial de la cumbre del Cerro Las Tórtolas. Se hallaron diversos elementos de gran interés: dos nuevas estatuillas, restos de tejidos y de cerámica, ramitas, etc., y una pequeña bolsa conteniendo un polvillo blanco de significación desconocida. También se halló un ratón, lo que representa una similitud con el enterratorio del Cerro El Toro.

³ Para estos y otros detalles, véase la monografía dirigida por el autor, con diversos colaboradores: *La "momia" del Cerro El Toro. Investigaciones arqueológicas en la cordillera de la provincia de San Juan (República Argentina)*. 220 págs., 80 figuras. Mendoza, 1966. (Distribuidor: Librart S.R.L., Corrientes 127, Buenos Aires.)

5) OTRAS EXPEDICIONES.

No todo son brillantes hallazgos en los gigantes cordilleranos. Así por ej., M. Rebitsch tuvo algunas ascensiones infructuosas; otro tanto sucedió con "ataques" que alguna vez encomendáramos al Sr. Groch: en un caso por no existir nada en la cumbre (Cerro Olivares, 6.000 m., en diciembre de 1964); en el otro caso por no contar con elementos para vencer un inesperado paredón rocoso salido al paso unos 200 metros más abajo de la cumbre del cerro Tambillos (5.800 m). Ambos se hallan en el cordón limítrofe de la provincia de San Juan. Una tercera cumbre virgen, el cerro El Potro en el macizo del mismo nombre (5.800 m), no pudo ser ascendido en febrero de 1966 por causa de un temporal.

Hasta ahora hemos mencionado únicamente los hallazgos de altas cumbres; pero ya dijimos que los mismos se conectan con poblados y caminos situados a su pie, cuyo investigación también exige del arqueólogo la técnica y el equipo de andinista. Sólo así se obtiene una imagen completa del ambiente ecológico y cultural que rodea a aquéllos. Cabe decir que los escaladores deportivos no han estudiado sistemáticamente las ruinas de pircas y "tamberías", que a lo sumo mencionan de pasada. Sin entrar en detalles sobre este aspecto, digamos únicamente que estudios de este tipo se han realizado en algunas de las expediciones del Instituto de Arqueología y Etnología a la zona cordillerana. Así, en la realizada en febrero de 1965, se exploraron y relevaron ruinas de poblados incaicos en las áreas de la Mina El Fierro, San Guillermo, Río de la Sal y arroyo de los Tambos, y del Paso Valeriano al pie del Cerro El Toro. En 1966 se realizó otra expedición similar (con auspicios, al igual que la anterior, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), esta vez a la zona más septentrional situada al oeste de Jagüel (prov. La Rioja), Cajón de la Brea, alto Río Blanco y Cerro El Potro. Esta expedición se vio muy afectada por enfermedad de uno de sus participantes.

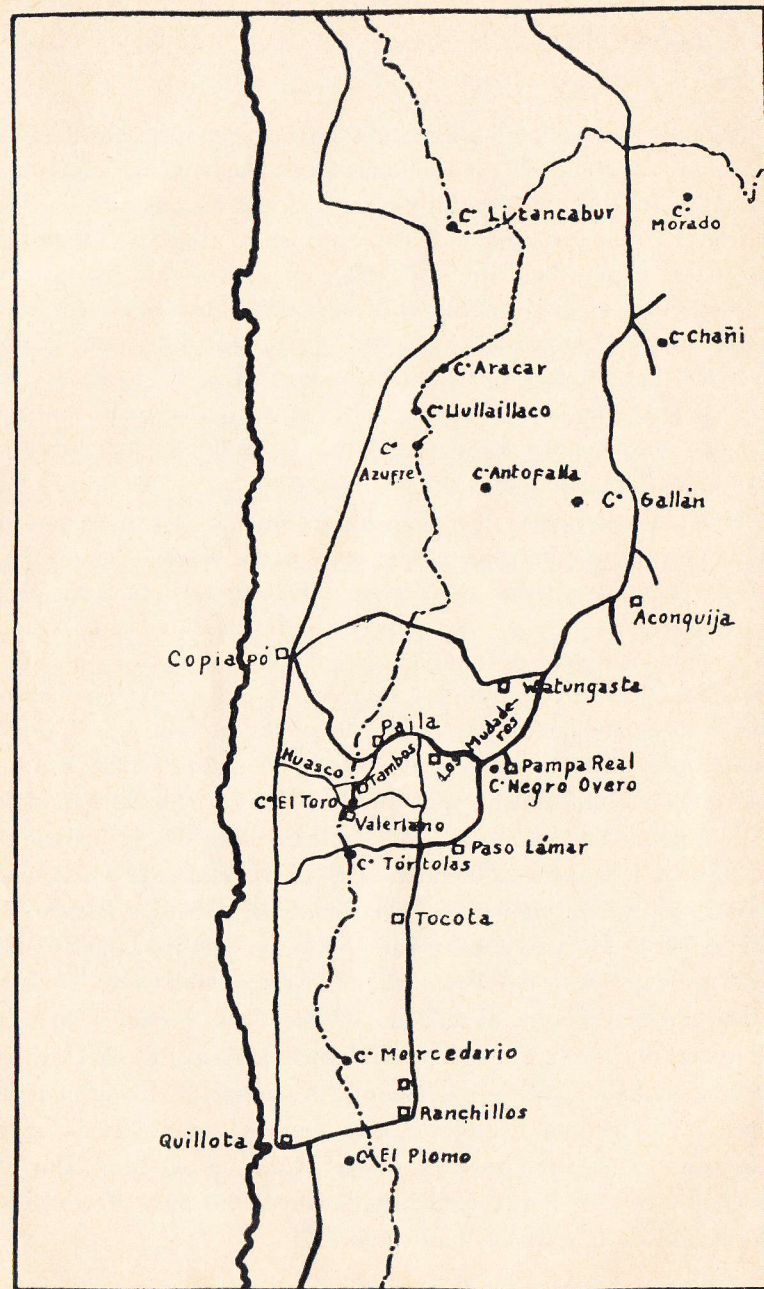


Fig. 22 — Mapa esquemático de los principales caminos incaicos en la zona más meridional de su dominio (N.O. argentino y Norte y centro de Chile). (Según Strube 1963, con modificaciones para la zona Norte de San Juan.) Se señalan algunos de los principales Tambos del área cuyana y vecinas, y los altos cerros con hallazgos arqueológicos.

Pasando a otra zona, mencionemos el importante complejo de habitaciones y estructuras ceremoniales incaicas situado a 4.200 m en las faldas orientales de la Sierra del Aconquija (provincia de Tucumán), que fue relevado en 1948 bajo la dirección del profesor Osvaldo Paulotti. Trátase al parecer de un poblado minero, como lo fue tal vez también el de la Pampa Real. Los exploradores chilenos del Tórtolas nos hablan de un “tamberío” constituido por más de 30 recintos de pircas, situado sobre el río Vacas Heladas al pie occidental de aquel cerro. Cerca del Paso Tórtolas, a 4.900 metros, Grech y acompañantes descubrieron en 1960 algunos recintos pircados con fragmentos de cerámica, y al pie oriental de dicho cerro, sobre el río Frío, Rogelio Díaz Costa descubrió y relevó en 1954 un conjunto de habitaciones circulares situadas dentro y en parte fuera de un gran rectángulo pircado de unos 25 por 10 metros de lado. Como en muchas de estas ruinas, aparece también cerámica diaguita chilena junto con la incaica y la tosca o sin decoración.

Seguramente hay otros sorprendentes hallazgos en las faldas y cumbres cordilleranas o a su pie, que esperan la llegada del andinista-arqueólogo. Quede esto como interesante tarea científica para el futuro.

6) UN RECUERDO.

Emoción singular fue, para quienes habíamos estado el año anterior en la parte alta del Cerro El Toro, poder examinar en una vega cercana al Paso Valeriano —no muy lejos de las excelentes fuentes termales conocidas como “Baños de San Crispín” o “del Chollay” (ambos nombres antiguos del Cerro El Toro)— un poblado extenso y parcialmente bien conservado, y observar que desde allí el acceso a la cumbre del cerro es relativamente fácil. Nos imaginamos la escena que tuvo lugar hace casi 500 años, en la cual partió en ocasión solemne la reducida comitiva sacerdotal que llevaba consigo al joven elegido de las alturas, al “mensajero para el Más Allá”...

BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

Precedido por algunos informes preliminares, el estudio completo de los hallazgos del Cerro El Toro ha sido publicado en el libro dirigido por el autor: *La "momia" del Cerro El Toro. Investigaciones arqueológicas en la Cordillera de la provincia de San Juan (República Argentina)*. Trabajo dedicado al 37º Congreso Internacional de Americanistas (Mar del Plata, 1966). Con colaboraciones de J. Schobinger, E. Groch, G. Sánchez Guisande y Maron J. Simon, D. H. Chiappe, M. Caussi, M. Burgos, M. W. Moll, B. Motta, F. Poquet y colaboradores, M. D. Millán de Palavecino, R. Díaz Costa y Juan Adolfo Vázquez. 220 págs. y 80 figuras. Mendoza, 1966.

Paralelamente fue impreso el tomo XXI de los "Anales de Arqueología y Etnología" (publicación del instituto del mismo nombre), dedicado a la arqueología de Alta Montaña (Mendoza, 1966). Trátase del conjunto más amplio y reciente sobre este tema, integrado por los siguientes trabajos:

- E. LINARES MÁLAGA: *Restos arqueológicos en el Nevado Pichu-Pichu (Arequipa, Perú)*.
- G. LE PAIGE, S. J.: *El santuario incaico del Licancabur (prov. Antofagasta, Chile)*.
- M. REBITSCH: *Santuarios indígenas en altas cumbres de la Puna de Atacama*.
- M. D. MILLÁN DE PALAVECINO: *Descripción de material arqueológico proveniente de yacimientos de alta montaña en el área de la Puna. (Formas de indumentaria y técnicas textiles.)*
- L. KRAHL y O. GONZÁLEZ: *Expediciones y hallazgos en la alta cordillera de la provincia de Coquimbo (cerros Las Tórtolas y Doña Ana), 1956-1958*.
- R. DÍAZ COSTA: *Expedición de andinistas sanjuaninos al Cerro Las Tórtolas (febrero 1960)*.
- R. DÍAZ COSTA: *Las pircas indígenas de Río Frío (prov. San Juan)*.
- J. SCHOBINGER: *Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Famatina (prov. La Rioja)*.

Publicaciones sobre otros hallazgos:

- CASANOVA, EDUARDO: *Excursión arqueológica al Cerro Morado (Dep. Iruya, prov. Salta)*. Notas del Museo Etnográfico Nº 3. Buenos Aires, 1930.
 - MEDINA, A.; REYES, F., y FIGUEROA, G.: *Expedición al Cerro El Plomo*. En "Arqueología Chilena", Centro de Estudios Antropológicos, Publicación Nº 4. Santiago de Chile, 1958.
 - MOSTNY, GRETE (editor): *La momia del Cerro El Plomo*. Boletín del Museo Nac. de Historia Natural, t. 27, Nº 1. Santiago de Chile, 1957.
 - PAULOTTI, OSVALDO: *Las ruinas de los Nevados del Aconquija*. En "Runa", t. IX, p. 125-135 y t. X, p. 354-370. Buenos Aires (1964 y 1967, resp.).
 - REBITSCH, MATHIAS: *Die silbernen Götter des Cerro Gallán*. Ed. Nymphenburger Verlagshandlung. Munich, 1957.
 - ROHMEDEYER, GUILLERMO: *Las ruinas de las "Tamberías de la Pampa Real" en la Sierra de Famatina*. En "Revista del Instituto de Antropología", t. II, Nº 6. Tucumán, 1941.
 - ROHMEDEYER, G.: *Estudio de un prehispánico camino de cuesta por la Sierra de Famatina*. Idem., t. IV, p. 83-93. Tucumán, 1949.
- Sobre los caminos incaicos:
- STRUBE ERDMANN, LEÓN (S. V. D.): *Vialidad imperial de los Incas*. Publicación del Instituto de Estudios Americanistas, Serie Histórica, Nº 33. Córdoba, 1963.

FACULTAD DE CIENCIAS NATURALES Y MUSEO BIBLIOTECA	
Fecha de Vencimiento	
9 8 SET 1984	
19 SET 1994	
-6 SEP 1999	
2 OCT 1999	
0 8 JUL 2004	
3/10/05	
19/04/07	

